

debemos señalar una falla, imperdonable en novelista de su valía: la procaacidad.

El naturalismo grosero fué agotado por Zola y sus discípulos, y ya no asombra a los burgueses, ni a los otros, y no pasa de ser una demostración de ingenuo anacronismo que no interesa.

Hay una escena en «Roble Huacho», el examen de una enferma por el boticario del pueblo, que producirá malestar físico hasta al lector de criterio más amplio y más habituado a escabrosidades.

Eso va más allá del límite que se tolera al realismo, y es caída lamentable en escritor que, como Bernal, no necesita de pinceladas de mal gusto para dar fuerza a sus relatos.

Llega el autor de «Roble Huacho» a la trinchera literaria en que defiende y afirma su nombradía el autor de «Hombres Oscuros». Nicomedes Guzmán, desde ahora, no estará solo como novelista de almas en derrota.

Ojalá que él y Bernal nos den un día la novela de la esperanza, sin la sangre que atormenta.—C. P. S.



<https://doi.org/10.29393/At277-21UNNG10021>

Una novela sugestionante: PLENILUNIO, de Rogelio Sinán.

Pese a las opiniones negativas, es indudable la riqueza técnica y temática de la novela hispanoamericana. Nuestros pueblos y sus costumbres; nuestros hombres y sus arraigos en lo nativo y natural, nuestras almas y sus estratos vigorosos y generosos, han sido el pedestal donde se ha erigido el discutido monumento de la novela continental. Huelgan los comentarios alrededor de ese grupo de novelas ya tradicionalmente representativas. En lo que puede insistirse es que, si bien la gran novela sudamericana afincó su alma en el folklore y en las costumbres nuestras, en las particulares pasiones y sentimientos de nuestros

hombres, en la tierra y en el paisaje, en la lucha de superación social, pocas veces se fundó en los materiales de la imaginación viva y específica. La novela de estos lares es esencialmente naturalista. Casos como los de María Luisa Bombal, («La Amortajada», «La última niebla»), Diego Muñoz («La Avalancha», «De repente», «Malditas cosas») o de Pedro Prado («Alsino») no son por cierto, si hablamos de letras chilenas, casualidades de todos los días. Por ésto mismo sorprende de súbito la presencia de este panameño Rogelio Sinán, que nos llega en su novela «Plenilunio», vigorosa, sostenida, sugestionante.

Se supone desde ya que «Plenilunio» no es una novela vernacular. El alma universal la invade y la ilumina con tibias palpitations humanas, con luces de originalidad madura y bien constituida. Luego, su organismo todo se presenta animado por funciones que no conocíamos en nuestros medios.

Desde el punto de vista técnico, a veces se piensa que es una pieza teatral o un acezante guión cinematográfico. Los personajes (títeres o actores atormentados), se ofrecen como girones de la noche o de la niebla. Primeró son sombras, grotescos resabios de un purgatorio inconcebible; esquirlas de un universo despedazado. Más tarde se definen en contornos de cuerpo y alma, con sangre, angustias y pasiones. Hablan, se mueven, se reintegran al pasado y aquí nace la novela. El autor ha dicho unas cuantas palabras brujas, ha construido un escenario y unos peleles extraños se han ido constituyendo en hombres, en especie humana candente y atormentada. Desde el fondo de un sueño invadido de luz de luna, se yergue la vida. Lo imaginativo, la inventiva, van dando formas a batallas y tormentos de la estirpe más substantiva y realista. Todo en «Plenilunio» es inquietante: los personajes: Elena, la dulce y feroz histérica (el acierto humano del libro, síntesis maestra del temperamento femenino); Crispín, correspondencia de hombre y sapo que, en cuanto a billetes, «los fué contando muy lentamente, con los dedos, con el hocico y —es sorprendente— los contaba también con el olfato.»; el



abuelo, canalla sin remedio que pretende redimirse a fuerza de más y más canallerías, concentración de Judas y Pilatos; el Mack Amargo, sufriente bregador en medio de una sociedad oscura y viscosa; la inocente Camila, la Celestina Sabina, la voraz y ondulante «Pulpa». Todo aquí es un reflejo claroscuro de una humanidad que se desmorona. Y es ésto lo curioso: Rogelio Sinán que a pulsos de imaginación, quiso construir una novela-pesadilla, en la que se observa mucho de las características naturales a la narración policial, se adentra y se aventura en el análisis de una realidad estrujada de sangre, en medio y a la postre de una guerra sin precedentes. Problemas y situaciones, son en «Plenilunio», urdimbre humana apretada y estremecida, recubriendo inútilmente las úlceras de un mundo extenuado. En los personajes de Sinán se recuentan las monedas espirituales más opacas: herencia de la pólvora y la rapiña. De aquí el contenido social de «Plenilunio». Sinán, al margen de su pura condición de poeta, manifiesta al través de su estilo depurado y transparente, que no puede sustraerse a las exigencias de la realidad circundante. «Plenilunio», que se lee con la pasión acesante y expectante con que se devora una novela policial, tiene el doble don de exponer realidades y levantar gestos de protesta.

Si bien es cierto que la naturalidad de los diálogos se resiente en cuanto a espontaneidad humana por un afán de perfección expresiva y de pensamiento que no siempre poseen los seres (sobre todo los personajes populares que Sinán trata), se impone en «Plenilunio», una idea central de carácter moral y social que destaca al autor entre los personeros del único tipo de novela posible de servir en estos días. Creemos rotundamente en la novela al servicio de la exposición de la verdad y las realidades, más allá de lo puramente entretenido y delectativo. Rogelio Sinán, con un dominio absoluto de los matices imaginativos, novelista en esencia, mira profundamente al mundo y lo expresa; y mira a América y la manifiesta, rebelde y látigo en mano, de pie en el campo novelesco de su patria. No es ajena a él la

protesta airada contra la injusticia y los afanes de dominación imperialista que recrudecen en estos días. Y ésto es indispensable, «Plenilunio» de Rogelio Sinán, novela sutil unas veces y directa en otras, surge a la creación narrativa de América con virtudes ciertas que nuestros públicos apreciarán debidamente de tal modo que insistir en ello es inoficioso.—NICCMEDES GUZMÁN.



«CAPITANÍA DE LA SANGRE», por *Mario Ferrero*. Ediciones del Zócalo de las Brujas. Santiago de Chile, 1948.

Mario Ferrero acaba de publicar su primer libro de poesía.

La seguridad con que se inicia habla ya de un poeta maduro, absolutamente consciente de su entrega poética, con personalidad que deriva, a veces, hacia un juego mental, frío y desordenado.

La forma, aún no cuajada, tiene vacilaciones que proceden de una ligereza en la formación de la imagen, pero no de una debilidad y ausencia de técnica. Sin embargo, la aparente falta de ésta se compensa con la presencia del pensamiento poético, vivo, ligerísimo, que no se detiene a profundizar ni a penetrar en la emoción:

(Amaneció de nuevo debajo de las algas  
El viento silencioso cogió sus algodones  
Su cuerno de cristal su sombrero de caña  
Y se fué danzando un baile azul sobre las casas)

La ligereza está dada con gran soltura con «su cuerno de cristal», «su sombrero de caña», «un baile azul», «cogió sus algodones». Esta alegría de estar alegre, se manifiesta en el poema siguiente: